

¿Y DÓNDE ESTÁ LA BIBLIOTECA ESCOLAR? VISIBILIZANDO LOS ESPACIOS FÍSICOS Y VIRTUALES QUE LOS JÓVENES FRECUENTAN PARA LEER POR PLACER

DANIELA SOUTO GODOY¹

RESUMEN

Leer por placer no es una prioridad en la institución de enseñanza media, lugar donde se privilegia la instrumentalización del libro por sobre el desarrollo del gusto literario. Por otro lado, las circunstancias informacionales del mundo contemporáneo propician el éxodo de los jóvenes hacia espacios de lectura desconocidos, los cuales muchas veces escapan del control de los adultos. Gracias al conocimiento generado a partir de un estudio fenomenológico innovador, es posible afirmar que la biblioteca escolar está desconectada de las experiencias lectoras juveniles. Resulta necesario entonces una reformulación de estos centros, en concordancia con el siglo XXI.

PALABRAS CLAVE: LECTORES JUVENILES, BIBLIOTECARIO ESCOLAR, OCIO

¹ Licenciada en Educación, Universidad del Bío-Bío. Magíster en Bibliotecología e Información, Universidad de Playa Ancha. Grado financiado por el Fondo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura 2018, Línea Formación, Folio N°453581. Correo electrónico: dsouto.lecturajuvenil@gmail.com

E ONDE FICA A BIBLIOTECA ESCOLAR? TORNANDO VISÍVEIS OS ESPAÇOS FÍSICOS E VIRTUAIS QUE OS JOVENS FREQUENTAM PARA LER POR PRAZER

RESUMO

A leitura por prazer não é uma prioridade nas escolas de ensino médio, onde a instrumentalização dos livros é privilegiada em detrimento do desenvolvimento do gosto literário. Por outro lado, as circunstâncias informacionais do mundo contemporâneo incentivam o êxodo dos jovens para espaços de leitura desconhecidos, que muitas vezes estão fora do alcance dos adultos. Graças aos conhecimentos gerados por um estudo fenomenológico inovador, é possível afirmar que a biblioteca escolar está desconectada das experiências de leitura juvenis. Portanto, é necessário reformular estes centros de acordo com o século XXI.

PALAVRAS-CHAVE: JOVENS LEITORES, BIBLIOTECÁRIO ESCOLAR, LAZER

AND WHERE IS THE SCHOOL LIBRARY? MAKING VISIBLE THE PHYSICAL AND VIRTUAL SPACES WHERE YOUNG PEOPLE FREQUENTLY GO TO READ FOR PLEASURE

ABSTRACT

Reading for pleasure is not a priority in high school, a place where the instrumentalization of books is privileged over the development of a literary taste. On the other hand, the informational circumstances of the contemporary world propitiate the exodus of young people towards unknown reading spaces which are often out of reach for adults. Thanks to the knowledge generated from an innovative phenomenological study, it is possible to state that the school library is disconnected from the reading experiences of young people. It is therefore necessary to reformulate these centers in accordance with the 21st century.

KEYWORDS: YOUNG READERS, SCHOOL LIBRARIAN, LEISURE

INTRODUCCIÓN

«*Los jóvenes no leen*». ¿Existirá alguna persona que no haya escuchado esta afirmación? Es una creencia nociva que, sin base científica, se ha instaurado y perpetuado en la sociedad chilena. En este contexto, la biblioteca escolar o Centro de Recursos para el Aprendizaje (CRA) aparece como un espacio que permite lidiar con este «supuesto panorama», contribuyendo al contacto permanente de los estudiantes con diversos tipos de textos. Pérez (2015) puntualiza que el rol que tienen las bibliotecas escolares dentro de las políticas públicas es facilitar y apoyar el desarrollo de habilidades cognitivas y no cognitivas, compensando las desigualdades del sistema educativo nacional. Ambas dimensiones entonces, «aprendizaje» y «placer», deberían tener la misma importancia.

Desde los años 90, el Ministerio de Educación (MINEDUC) ha dotado a las bibliotecas escolares con grandes colecciones de libros, publicaciones periódicas y materiales didácticos. No obstante, las iniciativas promovidas desde estos lugares parecen estar más orientadas a reforzar los contenidos del currículum escolar que a despertar el gusto por leer. Es preciso mencionar que el concepto del placer por la lectura no está arraigado en la idiosincrasia nacional, pues esta actividad aún se entiende y se transmite como un medio para obtener resultados y no como una herramienta de desarrollo personal (Gelber, 2017). Es más, Argote Torini y Molina (2010) señalan que los establecimientos educacionales no distinguen entre lectura por placer o por obligación, dado que impulsan esta práctica bajo un enfoque utilitario. Lo correcto para la escuela es que los jóvenes adquieran competencias intelectuales a través del plan de lectura, las cuales les permitirán competir y sobresalir entre sus compañeros.

Mekis y Anwandter (2019) señalan que la idea de un CRA surge a partir de una necesidad pedagógica experimentada por muchos docentes, quienes ansiaban un lugar que favoreciera la enseñanza y el aprendizaje. La biblioteca

escolar se convierte entonces en una especie de «realidad aumentada» del espacio del aula, caracterizada por un diseño abierto; un ambiente formativo más estimulante, participativo y libre, que invita a la investigación y al conocimiento. El avance de estos centros de información en las últimas décadas es relevante, en parte debido a la existencia de estándares que orientan la calidad de los servicios en diversas áreas críticas (usuarios, espacio, colección, equipo de trabajo, gestión pedagógica, gestión administrativa, redes y cooperación). De cualquier modo, la biblioteca escolar continúa enfocándose en lo curricular o disciplinar, ignorando otros aspectos del desarrollo humano.

En función de lo planteado, se puede deducir que la lectura por placer no tiene gran cabida en la biblioteca escolar y, en consecuencia, los estudiantes de enseñanza media la buscan mayoritariamente para fines académicos. Este ensayo —basado en los hallazgos de la tesis titulada: «Aproximaciones a las experiencias juveniles de lectura recreativa en la biblioteca escolar y en otros espacios no convencionales»— parte del supuesto de que los jóvenes, desilusionados de una biblioteca escolar que ha instrumentalizado el libro, utilizan otros espacios para satisfacer sus necesidades de lectura recreativa. ¿Pero cuáles son esos espacios y por qué son atractivos para los adolescentes? Es fundamental contestar esta interrogante en detalle, comprendiendo y reflexionando en torno al entrelazado sociocultural que se refleja en cada uno de los sitios descritos. Una vez que se tenga conocimiento acerca de esta realidad, será más fácil que se establezcan directrices claras y en sintonía con las exigencias de las nuevas generaciones.

Con relación al enfoque utilizado para responder la incógnita estipulada anteriormente, se escogió aquel más pertinente para llegar a entender la mirada de los lectores juveniles: la fenomenología. Salgado Lévano (2007) revela que este diseño apunta al significado, estructura y esencia de las experiencias vividas por una persona, grupo o comunidad con respecto a una cuestión en particular. Desde luego, los espacios de lectura están «habitados» por situaciones y

momentos que contienen mucha información, por eso es provechoso poner atención a los testimonios de los jóvenes. Asimismo, Aguirre García y Jaramillo Echeverri (2012) ratifican que «hay suficientes evidencias de que la fenomenología es una propuesta iluminadora en la indagación en ciencias sociales y, específicamente, en educación» (p. 71).

Concretizando, se contó con un muestreo de tipo intencional. La muestra final incluyó lectores de ambos sexos entre 15 y 17 años de edad (seis), provenientes de colegios particulares subvencionados confesionales, cuyas bibliotecas escolares han sido implementadas por el MINEDUC. Estos jóvenes se vieron enfrentados a dos técnicas cualitativas de producción de datos: el grupo triangular y la entrevista semiestructurada. Al comienzo de ambas instancias, se consideró el uso de la elucidación gráfica, método que representa «una transformación particularmente palpable en la academia anglosajona que, sin embargo, ha sido escasamente empleada en el contexto iberoamericano» (Rovetta Cortés, 2016). En definitiva, se les solicitó a los participantes del estudio que realizaran un dibujo sobre sus espacios de lectura por placer y que, posteriormente, le dieran su propia interpretación. Seidmann et al. (2014) aseguran que las imágenes dan cuenta del espacio social vivido, y a la vez, de un mapa de relaciones que se traduce en la configuración de una determinada identidad social, además de hacer accesibles las experiencias de vida de los jóvenes. Es por ello que en algunas partes del ensayo se establece un diálogo con las ilustraciones generadas por los adolescentes, en cuanto pueden funcionar casi como una radiografía ante los ojos de los adultos.

El presente trabajo se organiza en seis apartados, cuyas líneas pretenden contextualizar el fenómeno en cuestión, revelar la incógnita sobre los espacios juveniles de lectura por placer y otorgar una opinión fundada que aporte posibles soluciones a la problemática del fomento lector en Chile. El primero de ellos se focaliza en la lectura por placer en la juventud contemporánea, donde se explican las principales transformaciones acaecidas en las últimas décadas. A

continuación, se da paso a una discusión teórica que aborda la dicotomía entre promoción de la lectura «obligatoria» y lectura «por placer» en la institución educativa y, particularmente, en la biblioteca escolar. Luego, en ítems diferentes, se muestran hallazgos en lo que atañe a los principales espacios físicos y virtuales que la juventud actual utiliza para leer por placer, profundizando en las peculiaridades que los llevan a ser populares entre los estudiantes de enseñanza media. En quinto lugar, se entregan sugerencias y lineamientos para que las entidades encargadas de tomar decisiones en materia educacional puedan aplicar el conocimiento aquí generado en el mejoramiento de las bibliotecas escolares. Por último, y a partir de todos los puntos expuestos previamente, se desprenden las conclusiones de la investigación.

1. LA METAMORFOSIS DE LA LECTURA

En pleno siglo XXI, la institución educativa tiene el deber de formar ciudadanos competentes para enfrentar un mundo globalizado y en constante cambio. En este sentido, la práctica de la lectura resulta trascendental en la construcción de saberes que sean útiles y pertinentes para los jóvenes de hoy. El bibliotecario escolar, por consiguiente, tiene una misión crítica: encantar y reencantar a un usuario juvenil que «aparentemente» se ha alejado de los libros. Sucede pues, que los estudiosos dedicados a investigar la evolución de los comportamientos culturales en la era de la información discrepan de esta posición alarmista. Poulain (2011) subraya que la lectura «no está ni en decadencia donde a algunos les gustaría, o que temerían quizás, verla. Tampoco está en una fase de conquista ni de reparto ampliado de las herencias culturales y de la potencia creativa, como lo esperarían otros» (p. 203). A fin de cuentas, el hecho de que un adolescente se convierta en un lector asiduo va más allá de la época en que le correspondió nacer. Aunque las circunstancias que enmarcan la lectura varían

radicalmente de un período a otro, esta actividad continuará siendo vital para el desarrollo intelectual y socioemocional del ser humano.

Actualmente, la lectura se emplaza en una transformación tecnológica que «modifica todo a la vez, los soportes de escritura, la técnica de su reproducción y diseminación, y las maneras de leer. Tal simultaneidad resulta inédita en la historia de la humanidad» (Chartier, 2010, p. 34). Este rasgo distintivo de las nuevas tecnologías requiere ser analizado en profundidad desde enfoques interdisciplinarios, considerando no solo el rol que juega el ecosistema del libro, sino que además la forma en que sociedad va interactuando con él. En todo caso, es fácil advertir a simple vista que son los jóvenes quienes protagonizan esta mutación, integrándose y participando en una variedad de entornos que resultan curiosos y hasta incomprensibles para algunos adultos. Poulain (2011) indica que los jóvenes de las nuevas generaciones sí leen, pero lo hacen de forma diferente a sus predecesores. La tecnología es en este momento el factor que marca la diferencia en las dinámicas de lectura y permite que los lectores se desenvuelvan con naturalidad en un ambiente digital, caracterizado por la hipertextualidad. Los adolescentes serpentean a través de diversos medios de culturización y entretenimiento: del servicio de *streaming* al libro, del *webtoon* a la serie o de la recomendación del *booktoker* al audiolibro, por mencionar algunos ejemplos.

Por supuesto que este asunto tiene varias aristas, las cuales han alterado el concepto tradicional que se tiene sobre la práctica de la lectura. Petrucci (2001) enfatiza que «los jóvenes lectores están cambiando, como en todos los países, las reglas del comportamiento de la lectura que hasta ahora han condicionado rígidamente este hábito» (p. 620). Mientras en épocas anteriores el lector juvenil estaba limitado a compartir sus lecturas con su círculo más íntimo, hoy existe un abanico de canales que facilitan el contacto con personas en cualquier parte del mundo. En estos tiempos, los adolescentes tienen la oportunidad de conversar con sus pares, de buscar formas para expresar sus gustos literarios, recomendar

autores, temas o libros e incluso de relacionarse con editoriales; sin embargo y a pesar de este gran avance, sus relatos son todavía desconocidos por algunos docentes, bibliotecarios o librerías (Lluch, 2017).

Esta potenciación de la sociabilidad es uno de los aspectos positivos de las nuevas tecnologías (Colomer, 2015), por lo tanto, es primordial que los mediadores de la lectura las conozcan y le saquen el máximo provecho. De acuerdo con Lluch (2017), los adolescentes suelen utilizar espacios interactivos como *Goodreads*, *YouTube*, *Facebook*, *Instagram* y *Twitter*, los cuales albergan géneros textuales diversos y donde los lectores participan para recomendar, descubrir, comentar, elogiar o criticar, jugar o competir. Se puede señalar que son espacios de comunicación, de conversación social, que a la vez son espacios de relación, de juego y diversión. Visto de esta forma, el uso de redes sociales y plataformas tecnológicas permite que los lectores juveniles se sientan parte de una comunidad, ayudándolos a lidiar con las dificultades que se presentan en sus vidas y que son propias de la etapa que están atravesando (Poulain, 2011).

Ahora bien, a pesar de que el ciberespacio favorece que los lectores adolescentes amplíen su mirada del mundo y compartan sus gustos con otros adolescentes alrededor del globo, es normal que surjan preocupaciones por parte de los especialistas. Resulta lógico pensar que internet propicia también conductas, estímulos y contenidos que no siempre son beneficiosos para la mente de un adolescente (ciberacoso, *fake news*, piratería, entre otros). Poulain (2011) establece que «el lector está obligado en las redes a llegar a ser y saber ser su propio dueño» (p. 202), es decir, debe poseer la madurez suficiente para tomar buenas decisiones. Hoy, más que nunca, los estudiantes de enseñanza media necesitan adquirir herramientas que les posibiliten discriminar si lo que están leyendo es auténtico, beneficioso o pertinente para ellos. Es aquí donde el trabajo de los centros de información cobra gran relevancia, ya que son espacios que ofrecen (o deberían ofrecer) programas de alfabetización digital. Chartier (2018)

asevera que «el lector navegante del mundo digital corre el peligro de perderse en un mar textual sin faro ni puerto. La biblioteca puede procurar ambos» (p. 40).

Ante todo, las humanidades (principalmente la bibliotecología, la educación y la sociología) se han encargado de dar respuesta a las múltiples interrogantes que surgen a raíz de la evolución histórica de la lectura, estudiando las complejidades que van desencadenándose en los diferentes tipos de población. Este proceso, vertiginoso y a ratos confuso, adquiere matices especiales en la juventud del siglo XXI; la cercanía que tienen los adolescentes con el universo virtual es innegable y representa grandes desafíos, tanto para ellos como para las personas que los rodean. Aun así, es posible afirmar que los comportamientos del pasado no se han esfumado bajo la vanguardia de la tecnología. Es importante entender que el soporte tradicional de lectura (papel) y el más reciente (digital) coexisten en las prácticas lectoras juveniles. Chartier (2021) explica que es un error creer que es lo mismo leer un texto frente a una pantalla y leer ese «mismo» texto en una edición impresa, no son experiencias equivalentes. Pero ambas son experiencias legítimas.

En suma, es crucial poner atención al concepto de lectura en su sentido más amplio, explorando concienzudamente los significados, sentimientos y vivencias en torno a los diferentes espacios donde esta toma lugar. Porque, virtual o no, lo cierto es que la práctica de la lectura es una actividad que «siempre produce sentido» (Petit, 2001, p. 32) y se niega a desaparecer.

2. LA AUTONOMÍA DEL LECTOR JUVENIL

En todas las épocas, la juventud ha sido catalogada como una población rebelde, desmotivada y renuente a responder ante los requerimientos de la sociedad. Al parecer, las desavenencias se ven incrementadas en la escuela, lugar donde se lucha para que los adolescentes no escapen de los límites previamente establecidos para su instrucción. Petit (1999) cree que «una gran parte de la preocupación proviene de la impresión de una pérdida de dominio, de un pánico ante lo desconocido. La juventud simboliza este mundo nuevo que no dominamos, cuyos contornos no conocemos bien» (p. 15). La lectura no es ajena a esta problemática. Cuando se insiste una y otra vez en que «los jóvenes no leen», claramente hay ignorancia y falta de entendimiento hacia esta población. Lo que los educadores deberían preguntarse sobre la base de las nuevas circunstancias informacionales y tecnológicas es: ¿los jóvenes no leen o los jóvenes leen, pero sus lecturas (ahora hipertextuales) permanecen ocultas para la institución educativa?

Acorde a las teorías de Burgos et al. (2003), la lectura en poblaciones juveniles se presenta frecuentemente en forma de oposición: la lectura por placer (realizada por iniciativa propia y en un tiempo de ocio) v/s la lectura escolar (llevada a cabo con una finalidad utilitaria, semejante a la lectura restrictiva). Los establecimientos educacionales son responsables de implementar planes lectores obligatorios en todos sus niveles, escolarizando la literatura. Este mandato hace que la lectura pierda su calidad de entretenimiento como valor distintivo (Mauger, 2004), cimentándose en el desarrollo de conductas intelectuales «aceptables» o «correctas» desde la perspectiva del currículum. Petit (2009) recalca que la escuela puede llegar a convertir a los libros en objetos intimidatorios, repulsivos. En el momento que el adulto dictamina el comportamiento y la manera en que se debe leer, el adolescente se somete pasivamente a la autoridad del texto, sintiéndolo como algo que se le ha impuesto y de lo que más tarde tendrá que rendir cuentas.

Del mismo modo, las exigencias escolares son cada vez más complejas y ocupan gran parte del tiempo de los estudiantes. La sociedad chilena en su totalidad (niños y jóvenes incluidos) está frente a ritmos de vida cada vez más acelerados y con menos cabida para el ocio (Mayol, 2014). La lectura por placer deja de ser una actividad deseada y practicada en las aulas, relegándola a un segundo lugar o haciéndola desaparecer por completo de allí. Petit (2001) hace hincapié en que «cada uno de nosotros tiene derechos culturales: el derecho al saber, pero también el derecho al imaginario» (p. 23). Sin duda alguna, la educación necesita ir más allá del conocimiento formal y de la evaluación de contenidos; conocer y acoger los gustos de los jóvenes es una estrategia conveniente para hacerlos sentir partícipes de su formación. La biblioteca escolar puede ayudar a que esto sea posible.

A título ilustrativo, este lugar resulta perfecto para promover una relación con el libro que responda no solo a las perspectivas utilitarias del proceso educativo, sino que además al desarrollo integral del ser humano (Petit, 2011); la existencia de un CRA que funcione como un refugio (cómodo y agradable) constituye una oportunidad para que el alumnado se atreva a buscar y leer libros de tipo recreativo, disfrutando la lectura entre sus pares y compartiendo ese gozo con otros miembros de su comunidad educativa. Poulain (2011) manifiesta que los «jóvenes pueden buscar en la lectura y en las bibliotecas un apoyo en su trayectoria escolar [...] pero también la comprensión de su propio lugar en el mundo y de su historia» (p. 201). Cabe destacar que los adolescentes necesitan acceder a libros y documentos que abran puertas hacia lugares distintos y hacia momentos de ensoñación, con el propósito de construir un país interior desde donde tomar una posición como sujeto; al mismo tiempo, esperan que sus lecturas desencadenen una actividad narrativa que les permita crear enlaces entre los eslabones de una historia, entre quienes participan en un grupo y a veces entre universos culturales (Petit, 2009). Los acervos bibliográficos bien dotados son motivantes y atractivos para los jóvenes, siempre y cuando se fomente su uso a

través de propuestas que consideren la elección y posterior socialización del texto.

Pues bien, en ocasiones el imaginario que se tiene con respecto a la biblioteca escolar dista mucho de la realidad y «aparece en el discurso como la encarnación institucional del libro [...] es prácticamente percibida como un inquisidor de la lectura, y en consecuencia se le evita» (Bahloul, 2002, pp. 58-59). En la medida que los adolescentes continúen asociando «biblioteca escolar» con «obligación» será muy difícil lograr que este espacio sea utilizado para buscar y/o compartir lecturas placenteras, incluso si se dispone de recursos cuantiosos y de contenido misceláneo en las estanterías. Petit (1999) afirma que a estas alturas, los estudiantes aún son prisioneros de viejos modelos de lo que es la lectura, y de una concepción instrumentalista del lenguaje y de la literatura. Como resultado, la cultura lectora de los jóvenes permanece ignorada y silenciada en cada rincón de la escuela, puesto que los gustos que profesan (cuando se atreven a expresarlos) son considerados subversivos, carentes de calidad y hasta «peligrosos» para su proceso educativo.

Desafortunadamente, el sistema educacional se ha dedicado por siglos a incentivar esta lectura erudita, desestimando la experiencia popular. Se puede deducir que la escuela destruye una cierta forma de lectura, creando una necesidad que debe ser satisfecha de forma autodidacta (Bourdieu y Chartier, 2010). Es preocupante observar que los adolescentes tienden a leer con la finalidad única de complacer a sus profesores, lo cual termina generando resistencia a los textos que se ven forzados a «tragar» (Petit, 2001). Si bien no se trata de subestimar el inmenso valor que tienen los clásicos universales, puesto que son una fuente de sabiduría necesaria para la comprensión del mundo y de su historia, sería positivo que la lectura por gusto (novelas de fantasía, mangas, *fanfics*, etc.) ocupara un puesto privilegiado en el entorno escolar: dentro del aula e idealmente en espacios que impongan menos restricciones, como los CRA.

En la actualidad, la lectura realizada de forma recreativa y por iniciativa propia se ha desplazado a otros lugares, a los soportes de construcción identitaria y de entretenimiento (Détrez, 2004). Como puede inferirse, la juventud contemporánea se ha apropiado de espacios que le proporcionan mayor libertad de pensamiento y de expresión, mudándose de los edificios de ladrillo a la nube, de las estructuras fijas a las estructuras líquidas. En otras palabras, los adolescentes han reemplazado los sitios tradicionales donde se practicaba la lectura (entre ellos, la biblioteca escolar) por internet (Lluch, 2017). La lectura por placer ahora se practica, difunde y socializa mediante un sinfín de plataformas virtuales, redes sociales y aplicaciones que consienten los gustos de los jóvenes. Evidentemente, muchos vaticinan que el papel de la biblioteca escolar en la promoción de la lectura irá disminuyendo con el avance de la tecnología (Petit, 2011), siendo justamente lo contrario si las políticas públicas apuntan hacia una modernización y profesionalización del espacio.

3. ¿CAMBIA, TODO CAMBIA?

En los siglos XIX y XX, los individuos practicaban la lectura en orden, silencio y sin molestar a los demás. Los espacios utilizados se limitaban generalmente al hogar (la cama o el sillón) y un poco menos al aire libre, a la biblioteca, al asiento del tren o frente al escritorio (Innocenti, 1989 citado en Petrucci, 2001). Por sentido común y debido al avance de las tecnologías de la información y la comunicación, se tiende a pensar que en el siglo XXI los jóvenes ya no ocupan todos estos lugares, no obstante, la evidencia permite afirmar que hay escenarios que perduran con el paso de los años. Los participantes de este estudio indican que todavía prefieren leer en sus casas, y lo más revelador, en formato impreso. Para esta población, la lectura representa una oportunidad para conectarse con su mundo interior, motivo por el cual necesitan calma. Petit (2011) señala que la literatura en todas sus formas (mitos y leyendas, cuentos,

poesías, novelas, teatro, diarios íntimos, cómics, mangas, libros ilustrados, etc.) brinda un soporte muy notable para despertar la interioridad, poner en movimiento el pensamiento y reanimar la actividad de simbolización y construcción de sentido.

IMAGEN N°1. HABITACIONES Y CAMAS.



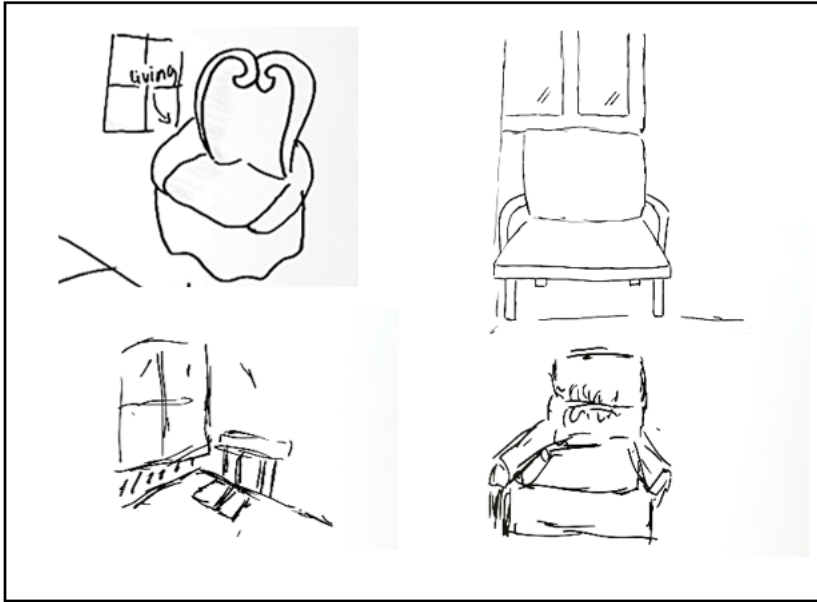
Fuente: elaboraciones de los participantes.

Indudablemente, esa intimidad se logra cuando los hogares proveen un ambiente que «invita» a la lectura, permitiendo que los jóvenes reflexionen en torno a los significados que tienen los libros. Hay que considerar que «a veces un texto literario resulta interesante porque “hace recordar” una situación vivida, a veces su encanto reside en la distancia que lo separa de esa situación» (Lahire, 2004, p. 187). El adolescente necesita tranquilidad para identificarse, soñar y/o proyectarse con las historias que está leyendo. En particular, los participantes explican que las zonas más convenientes para llevar a cabo esta práctica son sus habitaciones y el living. La mayoría de los adolescentes relata que les agrada leer en sus camas (ver Imagen 1) y preferentemente de noche, antes de dormir. Este

momento de sosiego facilita la concentración y despierta la producción creativa. Es oportuno dar a conocer que la lectura de los jóvenes viene acompañada de otras actividades, como el dibujo, la escritura o la composición musical. Se lee y subsiguientemente se desarrollan disciplinas artísticas, las cuales a veces también son compartidas en línea con otros jóvenes.

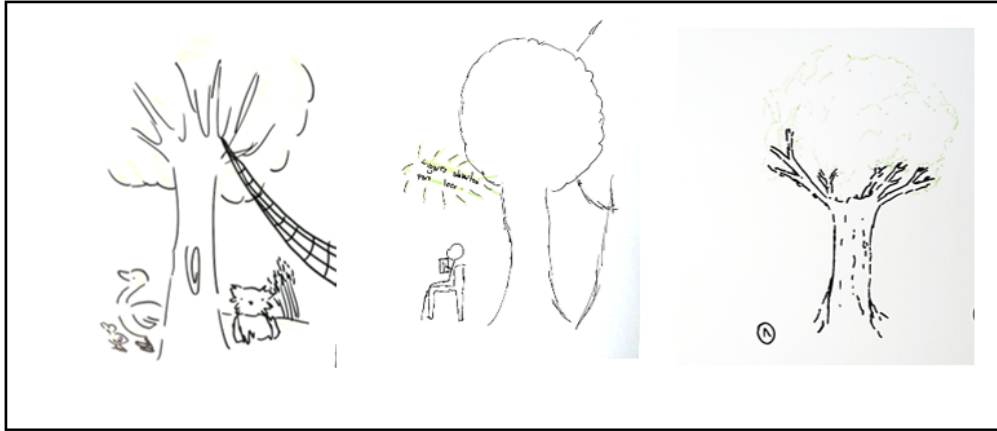
Desde luego que este modo de actuar tiene sus raíces en la niñez, conforme a la estimulación recibida por parte de los adultos, sobre todo en el seno familiar. Petit (2009) confirma que es común ver, aún en las generaciones más jóvenes, que los hijos se vuelven lectores porque en la infancia vieron a su madre o padre con la nariz metida en los libros, porque los oyeron leer una historia o simplemente porque las obras que había en casa eran temas de conversación. Compartir la lectura es un hábito que favorece el surgimiento de lectores asiduos, críticos del mundo que los rodea y con inclinación hacia las artes (como forma de expresión de los sentimientos y emociones que les despiertan los textos). Colomer (2005) plantea que «el gusto y el juicio se forman a través del contraste de opiniones» (p. 201), siendo primordial que los jóvenes recreen esa discusión del libro en familia ahora con sus coetáneos. Es aquí donde internet cobra gran relevancia, como se señalará en el próximo apartado. Por lo pronto, es importante entender que los adolescentes buscan desarrollar su capacidad imaginativa por medio de la lectura, haciendo uso de partes específicas del hogar. Y si bien la habitación (en especial la cama) es lo más mencionado entre los participantes, también están las áreas con ventanas, los sillones y escritorios (ver Imagen 2).

IMAGEN N°2. SILLONES Y ESCRITORIO.



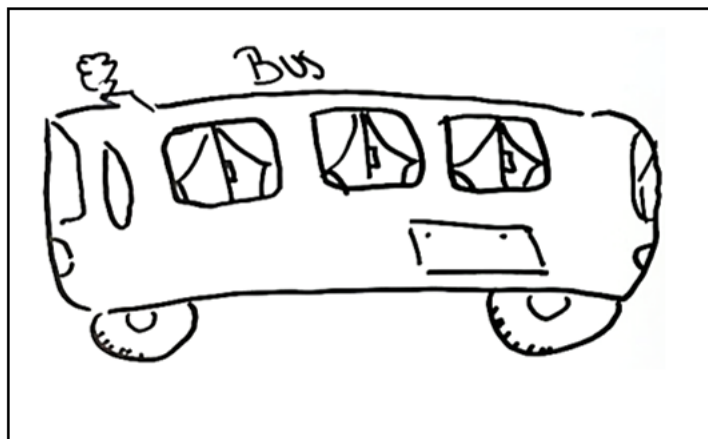
Adicionalmente, existen otros espacios que incentivan la lectura por gusto en los adolescentes. Cuando se cree que la era digital ha derribado ciertas prácticas y conductas culturales, llegan los jóvenes a reivindicarlas y enaltecerlas. A ratos, la presente investigación parecía un viaje al pasado, uno repleto de colores y sensaciones placenteras. Se podría decir que las nuevas generaciones ansían estar en contacto con la naturaleza, por eso se sienten conmovidas al leer en áreas verdes. Petit (2016) insiste en que «leer en un escáner no es exactamente la misma experiencia que leer en una cabaña o bajo un cerezo» (p. 73), hecho que se corrobora en este estudio. La representación del árbol (ver Imagen 3) y los relatos que se suscitaron posterior a su ilustración dan cuenta del desarrollo de experiencias estéticas por parte de la población juvenil. El sonido de las aves, el frescor de las ramas, los animales durmiendo siesta o el olor a pasto son elementos que ayudan a configurar un refugio sereno, una relación afectiva, emotiva, sensorial, y no solo cognitiva, lo que parece ser decisivo para disfrutar la literatura (Petit, 2009).

IMAGEN N°3. ÁRBOLES.



De la misma manera, el trayecto hacia los lugares de quietud (utilizados principalmente durante el período de vacaciones estivales) sirve como un momento apto para la práctica de la lectura por placer. Leer mientras se viaja en bus es grato y útil para el ocio productivo (ver Imagen 4), a la vez que se va observando y disfrutando el paisaje. Pero este viaje descrito por varios participantes no es tan solo físico, sino además simbólico. Leer es un acto multidimensional y «tiene que ver con la libertad de ir y venir, con la posibilidad de entrar en ese otro espacio, en esa otra escena y salir de ella cuando se tenga ganas» (Petit, 2016, p. 115). Para los jóvenes, la lectura es un puente para desplazarse hacia universos desconocidos y lejanos, haciendo trabajar de forma imaginaria los esquemas de sus propias experiencias (Lahire, 2004). Ahora bien, la travesía de la lectura en los jóvenes entrevistados se realiza mayoritariamente a partir de la materialidad del libro. Hojear este objeto cultural (en una atmósfera estimulante para los sentidos) crea una sensación de agrado que perdura en el tiempo.

IMAGEN N°4. BUS.



En resumidas cuentas, los individuos de la era digital continúan prefiriendo «lo tradicional», vale decir, el texto impreso. Todos los participantes del estudio declararon que poseen colecciones de libros, generalmente organizadas en estanterías expuestas a la vista de los demás (bibliotecas personales y/o familiares). Bahloul (2002) sostiene que «el libro que se desea leer debe figurar en el acervo personal y personalizado de ejemplares dispuestos como testimonio de una parte de la vida» (p. 71). A los jóvenes les gusta manipular el libro, clasificarlo, olerlo, marcarlo con sus huellas gráficas (o mediante el uso de *post it*) y releerlo posteriormente, así pueden encontrar nuevos significados al explorar sus páginas. Petit (2011) ha corroborado que «a menudo es mucho tiempo después cuando algunas lecturas adquieren un relieve decisivo, del mismo modo en que un viaje sólo se cumple años después de haberlo realizado» (p. 5). Es importante que las familias viabilicen la conservación y exhibición de textos por parte de los adolescentes, porque cada uno de ellos alberga algún recuerdo, alguna experiencia; incluso las herencias familiares de libros antiguos y desarmados en ocasiones cobran protagonismo. Un libro viejo es una alternativa legítima y accesible, razón por la cual los adolescentes frecuentan no solamente librerías, sino también ferias del libro usado (ver Imagen 5).

IMAGEN N°5. FERIA DEL LIBRO USADO Y LIBRERÍA.



Bahloul (2002) piensa que «no hace falta saber cuántos libros posee cada lector, sino más bien cómo los adquirió y qué destino les reserva después de haberlos adquirido» (p. 75). Si bien la cantidad de libros difiere entre los participantes de esta investigación, lo cierto es que cada uno de ellos muestra un cariño entrañable por sus colecciones. Algunos hablan de estanterías repletas de libros (a veces compartidas con los miembros de la familia), otros de librerías o repisas pequeñas, e incluso de cajas con textos a la espera de ser organizados. Libros regalados, pero, ante todo, libros comprados. Los jóvenes describen la adquisición del libro como una actividad necesaria para satisfacer su curiosidad literaria. Es preferible gastar dinero en un libro (aunque sea costoso) que pedirlo prestado en una biblioteca, en el fondo, «se compra porque se desdeña el préstamo» (Bahloul, 2002, p. 71). Este pensamiento determina la relación de los jóvenes con las bibliotecas. Ninguno de los entrevistados mencionó a la biblioteca escolar como espacio de lectura por placer y tan solo una adolescente declaró que usa una biblioteca, la municipal (ver Imagen 6). ¿Las razones? Principalmente tres: ruidos molestos de niños que corren, saltan y gritan; actividades de difusión cultural que responden a propósitos intelectuales y, claramente, sistemas de préstamo poco flexibles.

IMAGEN N°6. ESTANTERÍAS BIBLIOTECA MUNICIPAL.



En pocas palabras, los jóvenes tienden a alejarse de las bibliotecas escolares debido a las restricciones e incomodidad que les genera, prefiriendo obtener libros nuevos y/o usados en tiendas físicas, donde además pueden discutir acerca de las obras con los vendedores (que actúan como mediadores de la lectura), intercambiar opiniones con otros compradores de edad similar y obtener orientación con respecto a novedades literarias y descuentos. Chartier (2018) indica que «la librería y la biblioteca son dos de las raras instituciones capaces de reconstruir alrededor del libro la sociabilidad que hemos perdido» (p. 45). Las librerías, a pesar de tener una finalidad económica, facilitan que los adolescentes se expresen sin ser censurados y conversen con personas que tienen gustos similares, estableciendo vínculos que se traducen en conciertos literarios, visitas de autores e incluso clubes de lectura. La biblioteca, y más aún la biblioteca escolar, se encuentra sumida en un letargo que le impide progresar. La exacerbación de la lectura obligatoria en un ambiente rígido e inadecuado parece ser la piedra de tope para que los CRA atraigan a los estudiantes de enseñanza media. Hay que hacer notar que la escuela no puede enseñar el acto de leer (esto es un acto personal), pero sí puede enseñar el acto de crear sociabilidad de la lectura, de compartir la lectura, las emociones, los sentimientos, los valores y los

conocimientos (Hèbrard, 2000). Ojalá en un futuro cercano las políticas educativas apunten hacia una biblioteca escolar donde el aspecto humanista sea fundamental, de lo contrario los adolescentes nunca la percibirán como un espacio de lectura por placer.

4. POSTEO, LUEGO EXISTO

Se puede inferir, en concordancia con lo analizado previamente, que el uso cotidiano de internet (tan característico en las nuevas generaciones) ha influido en el comportamiento de los lectores. Chartier (2010) considera que este fenómeno «constituye también una mutación epistemológica que transforma las modalidades de construcción y acreditación de los discursos del saber. Puede así abrir nuevas perspectivas a la adquisición de los conocimientos otorgada por la lectura» (p. 37). Las herramientas que proporciona la red dan pie al surgimiento de circunstancias novedosas y hasta desconcertantes desde el punto de vista de los padres, bibliotecarios y profesores. Según Luch (2017), el siglo XXI se ha inaugurado con una fuerte presencia de adolescentes y jóvenes en el mundo de la lectura como figuras de autoridad, ejerciendo tareas que tradicionalmente han realizado los adultos y legitimando la presencia de libros (un nuevo «canon») que hay que conocer para socializar. El surgimiento de una literatura dirigida estratégicamente al público juvenil, capaz de sintonizar con los problemas contemporáneos, ha sido concluyente para conducir a esta población hacia nuevos espacios, los cuales les permiten expresarse y ahondar en temas que guardan relación con sus inquietudes e intereses.

Esta popularidad de la literatura juvenil provoca que los jóvenes de las nuevas generaciones cambien a los mediadores tradicionales de la lectura por los *influencers* (Luch, 2017), quienes poseen mayor conocimiento con respecto a sus gustos. Los participantes de este estudio, si bien valoran los libros que les recomiendan sus educadores (principalmente clásicos de la literatura universal),

reconocen que suelen hacer uso de plataformas virtuales y redes sociales para recibir orientación con respecto a novedades editoriales, disfrutar reseñas de textos exhibidos en diferentes formatos (sobre todo impreso) y, además, para intercambiar opiniones entre sus pares. Poulain (2011) estipula que estas estructuras digitales «ofrecen el acceso a un sinfín de datos y la conexión inmediata con millones de personas afines, una apropiación individual renovada con esas riquezas, así como la apertura a una sociabilidad infinita» (p. 201).

En efecto, internet favorece la socialización de la lectura. Los *booktubers*, lectores asiduos que comentan libros en *YouTube*, parecen ser las figuras clave en dicho proceso (ver Imagen 7). Estos individuos aprecian la voz de sus seguidores y transmiten el gusto por los libros, mediante la creación de contenido lúdico, interactivo y llamativo, que se vincula a otras plataformas. Luch (2017) argumenta que en estos espacios se forjan lazos de pertenencia a un grupo, lo cual es crucial en la etapa de la adolescencia. Lo mismo sucede con *Goodreads*, herramienta de catalogación social donde los jóvenes pueden llevar un registro de los libros que han leído, darles una nota, clasificarlos y saber lo que «sus iguales» piensan de ellos (Luch, 2017). Aunque no todos los jóvenes entrevistados utilizan esta aplicación con frecuencia, lo cierto es que sus características son un ejemplo acerca del rol que juegan los canales de comunicación en el desarrollo de rutinas placenteras, que influyen en el logro de una identidad colectiva. Colomer (2005) destaca que:

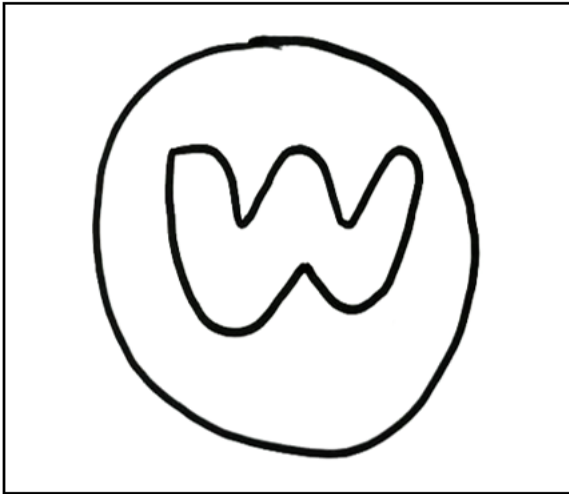
Compartir las obras con las demás personas es importante porque hace posible beneficiarse de la competencia de los otros para construir el sentido y obtener el placer de entender más y mejor los libros. También porque hace experimentar la literatura en su dimensión socializadora, permitiendo que uno se sienta parte de una comunidad de lectores con referentes y complicidades mutuas. (p. 194)

IMAGEN N°7. CANAL BOOKTUBER.



Las observaciones precedentes ofrecen una explicación sobre las posibilidades que tienen los adolescentes contemporáneos para relacionarse con otros, pero no es el único rasgo que debe ser explorado. Poulain (2004) ha detectado además que «en la lectura en pantalla, el lector se transforma en lector-escritor. La escritura coexiste hoy más que nunca con la lectura» (p. 47). Los hallazgos de la investigación permiten afirmar que la juventud consume y genera contenido en la red, manifestando su sentir en forma de reseñas y «posteos» en *blogs*, *wikis* y redes sociales como *Facebook* e *Instagram*. Estos jóvenes sostienen diálogos apasionados donde plantean sus puntos de vista, llegando incluso a pelear entre ellos. Es impensado entonces restarse de esta actividad, pues el uso masivo de las nuevas tecnologías «ha conducido a todo lector a escribir» (Poulain, 2011, p. 202). Por lo demás, la lectura también ha desembocado en la práctica de la escritura de tipo creativa y, a estas alturas, no son pocos quienes utilizan (o han utilizado) plataformas como *Wattpad* para crear y compartir sus propias historias y *fanfics* (ver Imagen 8).

IMAGEN N°8. PLATAFORMA WATTPAD.



Petrucci (2001) declara que estos jóvenes están habituados a leer mensajes en movimiento, lo cual se traduce en el desarrollo de lecturas discontinuas, fragmentadas, segmentadas (Chartier, 2010). Las nuevas tecnologías impulsan prácticas hipertextuales y multimodales, creando experiencias digitales que pueden obstaculizar la capacidad de concentración. Un claro ejemplo de ello es lo que sucede con la lectura de libros y documentos en PDF (ver Imagen 9). Los entrevistados coinciden en que es fácil distraerse mientras hacen uso de este formato, ya que sus aparatos electrónicos están siempre conectados a la red («desconectarse» es sinónimo de suicidio social, no es una opción). A saber, los adolescentes utilizan el ciberespacio para leer y realizar otras actividades simultáneamente, respondiendo hilos de *WhatsApp*, posteando opiniones en redes sociales o buscando información con relación a temas y personajes asociados a sus lecturas (*Wikipedia* aparece aquí como un recurso valioso, ampliamente empleado por los participantes). Luch (2017) evidencia que «los adolescentes y jóvenes practican la trashumancia de herramientas e instrumentos virtuales, es decir, cambian o utilizan diferentes medios ajustando su uso a sus necesidades, gustos y momentos» (p. 43).

IMAGEN N°9. LECTURA DISCONTINUA.



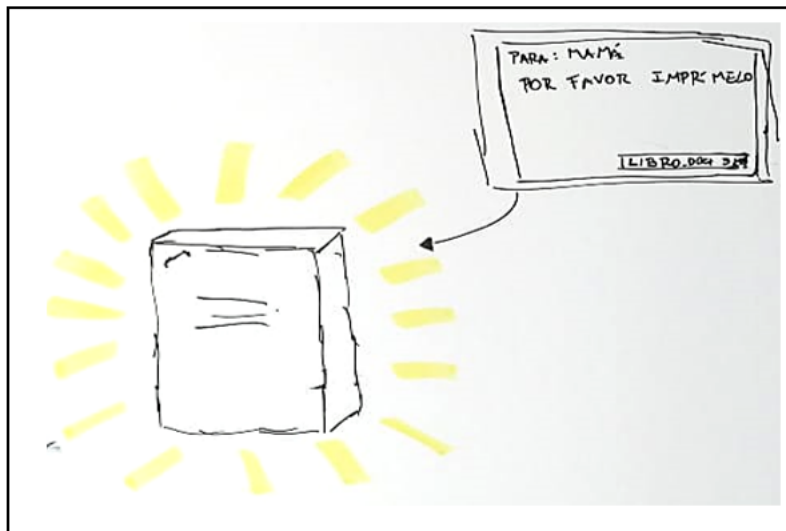
En relación con la problemática expuesta, debe señalarse que leer en una pantalla generalmente resulta incómodo para seguir la línea de una narración y llegar a entenderla (ver Imagen 10). Es más, internet tampoco asegura que todos los textos albergados en sus dominios sean de calidad, dado que muchas veces son obtenidos de forma ilegal (Luch, 2017). Los adolescentes que participaron en esta investigación dan cuenta de diversas vivencias concernientes a libros incompletos, con traducciones mal redactadas o visualmente molestos. Si bien la piratería también existe en el formato impreso, las características de la red y su uso frecuente permiten que se tenga acceso rápido y gratuito a estos recursos. Curiosamente, los participantes no mencionan a la Biblioteca Digital Escolar (BD Escolar) entre sus espacios de lectura por placer, a pesar del sinnúmero de libros que pueden encontrar allí. Es sumamente probable que los jóvenes asocien esta plataforma con la instrumentalización del libro, una especie de extensión de la biblioteca escolar tradicional.

IMAGEN N°10. LECTURA DIGITAL.



Dentro de este marco, es posible afirmar que la lectura en la virtualidad representa oportunidades y desafíos para todos los grupos etarios. Por un lado, la era digital pone a disposición materiales y recursos imposibles de encontrar antaño (tanto en páginas web institucionales como en sitios informales) y, por otro, exige el desarrollo de habilidades para buscar, discriminar y seleccionar bien la información. En todo caso, los adolescentes continúan prefiriendo el libro impreso a la hora de leer por placer. De hecho, es común que los textos encontrados en línea se impriman en vez de ser leídos bajo el lente de una pantalla (ver Imagen 11). Los espacios virtuales son notorios entre los lectores contemporáneos, pero es un error pensar que la experiencia de la lectura «en papel» pueda ser extrapolada a la lectura digital. Chartier (2021) arguye que el siglo XXI plantea una forma inédita de comunicación, la cual permite la hibridación de los tres soportes de expresión del pensamiento: lo textual, lo icónico y lo oral. En este sentido, más que hacer un paralelo entre el libro tradicional y el digital, hay que centrarse en qué puede hacer lo digital más allá del libro tradicional. Este enfoque permitiría abrir caminos hacia el fomento efectivo de la lectura en la juventud, estableciendo un balance entre elementos innovadores (como las redes sociales) y los más tradicionales (como la biblioteca escolar).

IMAGEN N°11. LIBRO DIGITAL.



5. TRANSFORMANDO LA BIBLIOTECA ESCOLAR

Los espacios de lectura por placer revelados en este ensayo se caracterizan por generar sensaciones positivas en los adolescentes, actuando como refugios seguros que despiertan la imaginación, pero también como puentes para establecer lazos con otros lectores. Con todo, la ausencia del CRA en el discurso de los entrevistados plantea la necesidad imperiosa de establecer políticas públicas más eficientes y en conexión con la cultura juvenil. Hèbrard (2000) recalca que «si bien todos los alumnos van a la escuela, no todos van a la biblioteca, no es una obligación. Por lo tanto, la biblioteca debe transformarse en un lugar atractivo» (p. 5). Fundamentalmente, el proceso de modernización de bibliotecas escolares debería considerar tres factores: libros y lectura en los nuevos contextos tecnológicos; mediadores y mediación de la lectura, y estrategias de zonificación.

En cuanto al primer punto, se hace indispensable recordar que la práctica de la lectura contemporánea está conectada con otras experiencias en la cotidianidad. Es evidente que los jóvenes prefieren leer textos impresos, pero los

socializan en sitios virtuales. Chartier (2010) estima que es por esta razón que las bibliotecas deben mantenerse en el mundo de la red, puesto que es un lugar imprescindible donde los lectores seguirán en contacto con los libros. Toda biblioteca escolar debería contar entonces con redes sociales, donde se estimule una sana discusión entre los usuarios. La BD Escolar, por otro lado, requiere promover mejor su colección de textos recreativos, de manera tal que los adolescentes la conozcan a cabalidad y aprovechen su contenido. Ante todo, los CRA deben integrar los escenarios generados por la virtualidad, explorando y valorando la contribución de plataformas como *Goodreads* o *Wattpad* en el desarrollo de la lectura y escritura. Se ha verificado que los estudiantes de enseñanza media prefieren ese tipo de plataformas para obtener guía y emitir opiniones, constituyendo hábitos culturales que se expresan colectivamente. A pesar de este hecho, «la escuela no debe tener miedo, no debe temer que otras instituciones culturales inventen nuevas sociabilidades de lectura» (Hèbrard, 2000, p. 8). Indagar, analizar, entender e incluir lo mejor de las nuevas tecnologías en el quehacer de la biblioteca escolar parece ser un mejor camino para trabajar con la juventud, brindándoles apoyo y proveyéndoles la oportunidad de ampliar sus lecturas en coherencia con sus medios de comunicación favoritos.

Simultáneamente, es esencial recordar que la relación con el texto impreso continúa siendo indispensable para las nuevas generaciones, quienes «necesitan computadores y sitios de internet, pero también necesitan libros y bibliotecas» (Rojo, 2016, p. 25). A partir de los relatos de los participantes, se puede asegurar que los lectores asiduos buscan textos de diversa índole (incluso clásicos, cuando no son impuestos bajo una concepción autoritaria), leyéndolos en cualquier formato y condición. No obstante, existe fascinación por las texturas, los colores y hasta el olor de los libros. Es aquí donde los CRA pueden ganar terreno entre los adolescentes, a condición de que implementen procedimientos de préstamo flexibles y planes de fomento lector que interpreten bien las preocupaciones e intereses de este grupo etario. Los estudios de Chartier

(2018) resaltan que «la biblioteca debe multiplicar las circunstancias y las formas para que los lectores se encuentren alrededor del patrimonio escrito, de la creación intelectual, de las experiencias estéticas» (p. 40).

Según lo dicho, el proceso de socialización del libro en la institución educativa es sumamente importante, visto que «la escuela es un lugar donde se puede aprender que el libro no sólo se lee, sino que de un libro se habla y que, quizás lo más importante cuando se ha leído un libro, es ser capaz de hablar de él para que otro lo lea» (Hèbrard, 2000, 7). Los jóvenes entrevistados en este estudio manifiestan que existe una carencia de actividades relacionadas con la lectura recreativa en sus respectivos colegios, percibiendo a la biblioteca escolar como un lugar más para estudiar, uno para hacer tareas o conseguir textos de lectura obligatoria. Petit (2001) sugiere que deben existir intercambios en torno a los libros y, en particular, lecturas en voz alta. Un adulto que lee con pasión es capaz de transmitir ese sentimiento, creando espacios donde los jóvenes pueden discutir acerca de esas lecturas si así lo desean.

En consecuencia, los equipos CRA tienen que idear planes de promoción de la lectura sobre la base de la escucha y la oralidad, como clubes de lectura temáticos (fantasía y ciencia ficción, novelas gráficas y mangas, literatura LGTB+, etc.), consultorías de biblioterapia, tertulias con escritores, recitales de poesía, entre otros. Por encima de todo, deben existir adultos con una amplia visión sobre los libros, personas que sean capaces de ayudar a que los adolescentes se conviertan en lectores literarios profundos y para toda la vida (Chambers, 1997). Colomer (2015) reconoce la urgencia de «potenciar las bibliotecas escolares, dotándolas de fondos negociados y personal responsable» (p. 323). La dimensión humana es y siempre será crucial en la biblioteca escolar, pues «si no hay alguien que le otorgue sentido a la práctica lectora, cree una atmósfera llamativa y, literalmente, abra un libro, el gusto por la lectura será difícilmente desarrollado» (Argote Torini y Molina, 2010, p. 59). En estos lugares, el rol de mediador de la lectura recae primeramente en el bibliotecario,

quien debe ostentar herramientas (tanto intelectuales como emocionales) que le ayuden a crear iniciativas cautivantes para los adolescentes. Alguien que sea asertivo a la hora de promover los libros, con un vasto dominio del catálogo disponible y muy informado con respecto a las novedades editoriales.

Chambers (1997) propone que las autoridades deben concentrarse en un debido entrenamiento y reentrenamiento de bibliotecarios, y en la creación de una cultura lectora que abarque toda la escuela, respaldada por una provisión de libros surtida y satisfactoria para todos. Pérez (2015), en cambio, es tajante en afirmar que es necesario contar con bibliotecarios competentes, de profesión bibliotecólogo o docente. En países latinoamericanos como Brasil, los directores se encargan de poner a un profesor al frente de la biblioteca escolar (Marzal, Díaz y Calzada, 2012) y en Costa Rica, un gran porcentaje de los bibliotecólogos que laboran en instituciones educativas cuentan con una titulación específica en bibliotecas educativas (González Pérez y Montero Salas, 2021). Es conveniente acotar que Chile tiene muy pocas escuelas de bibliotecología (casi todas en la Región Metropolitana) y no existen postgrados que permitan que un profesor se especialice en bibliotecas escolares y fomento lector, lo cual refleja una carencia significativa en el sistema nacional. Las circunstancias suscitadas desde los albores del siglo XXI requieren mediadores de la lectura cualificados dentro de las bibliotecas escolares, capaces de lidiar con generaciones cada día más exigentes y tecnologizadas. Mientras más preparado esté un bibliotecario, mejor será su atención y conexión con los jóvenes, abriendo canales de comunicación permanentes entre ellos y con toda la comunidad educativa.

Por último, y no menos importante, es aquello referente a la organización espacial del CRA. En correspondencia con los descubrimientos de Petit (2011), estos lugares tienen que ser acogedores, pues a los adolescentes les importa mucho la estética de la biblioteca; son sensibles a la arquitectura, toman en consideración las características del mobiliario y de los colores, la difusión de la luz natural, la vista al exterior por los ventanales, la claridad, la luminosidad, etc.

En ocasiones, la eventual hospitalidad del bibliotecario no basta para compensar la mala impresión que causa la construcción o los muebles, cuando existen ambientes tristes, vetustos y grises, y acervos polvorientos. Los participantes de este estudio se mostraron críticos con respecto a este aspecto, añorando recintos más adecuados a su etapa de vida y menos «infantilizados». Como se planteó anteriormente, los jóvenes buscan espacios físicos que les provean tranquilidad y bienestar (sus hogares, por ejemplo), por lo que la biblioteca escolar debería causar un efecto similar.

Primeramente, se espera que el CRA de enseñanza media esté separado del CRA de enseñanza básica, ya que las necesidades de ambos ciclos son bastante diferentes. Los rincones de lectura precisan muebles más cómodos y modernos, los cuales promuevan momentos de lectura individual (*bergers* o poltronas) y colectiva (sofás seccionales). Por otro lado, la colección bibliográfica tiene que ser rica y de fácil localización (faltan programas de alfabetización informacional en torno al Sistema de Clasificación Decimal Dewey, los adolescentes no lo entienden). También sería recomendable que las bibliotecas escolares fueran más coloridas y alegres, incorporando aspectos característicos de la cultura juvenil en su decoración. De la misma manera, sería ideal que estos lugares se emplazaran en zonas cercanas a prados y árboles, debido a la serenidad que produce la naturaleza en los adolescentes. En caso de que no exista esta posibilidad, las bibliotecas escolares podrían tener rincones verdes, con plantas verdaderas u objetos que emulen elementos del medioambiente.

Para finalizar, y en consonancia con el aspecto virtual, es imprescindible que se cuente con artefactos electrónicos que faciliten una experiencia de lectura digital agradable y sin interrupciones. Por consiguiente, se aconseja que los establecimientos educacionales se animen a poner a disposición de sus usuarios los mejores *eReaders*, dado que los hangares de computadores (generalmente ubicados a un costado de la biblioteca escolar) son aptos para la búsqueda de

información específica, pero no para llevar a cabo la lectura por placer. A grandes rasgos, los CRA tienen la tarea de investigar, conocer y promover alternativas útiles para los estudiantes, poniendo atención a las transformaciones tecnológicas y optando por soluciones innovadoras para guiarlos hacia experiencias lectoras significativas. Ya sea que el adolescente busque leer un texto literario impreso o digital, el espacio bibliotecológico tiene que ofrecer comodidad y amparo, a la luz de los nuevos desafíos que la juventud enfrenta en la contemporaneidad.

6. CONCLUSIONES

Para terminar, y respondiendo a la pregunta de investigación estipulada en un inicio, los jóvenes de las nuevas generaciones utilizan una diversidad de espacios físicos y virtuales para la práctica de la lectura recreativa. Los espacios físicos, por un lado, se caracterizan por proveer tranquilidad y confort, permitiendo que los adolescentes se concentren y disfruten realmente los libros. Los espacios virtuales, por otro, otorgan la posibilidad de socializar el contenido de las historias. Lo central aquí es que ambos tipos de espacios se complementan, lo «tradicional» y lo «digital» van de la mano en el siglo XXI y representan oportunidades nunca antes vistas para la mediación del libro. Los resultados pueden ser considerados como oportunos, en cuanto fue posible exponer los rasgos distintivos de la lectura juvenil reciente. Desde este punto de vista, es fundamental que se continúe escuchando la voz de los estudiantes secundarios. Pérez (2015) asegura que «los antecedentes con respecto al efecto de los CRA en la lectura y en la educación escolar son muy escasos» (p. 42), por lo que se requieren más y mejores estudios que ahonden en esta problemática.

Hay que hacer notar la urgencia de estudiar el fenómeno de la lectura como un todo, no solo desde una perspectiva pedagógica. Para este fin, es necesario dilucidar y comprender las preferencias de los jóvenes, ya que el gusto es un determinante altamente explicativo de la lectura de libros (Moya, 2013).

Este grupo etario percibe que sus prácticas de ocio (entre ellas la lectura recreativa) son menospreciadas por los adultos y, en consecuencia, las desarrollan en espacios donde puedan escapar de su censura. En este sentido, se verifica que la elucidación gráfica es una técnica de indagación científica acertada para establecer una conversación abierta y sincera con los adolescentes, alcanzando niveles de comunicación y entendimiento más profundos (CohenMiller, 2018). Investigar también significa innovar. La complejidad de la lectura en las nuevas generaciones exige la creación y puesta en marcha de proyectos creativos, pues es insuficiente aplicar una y otra vez los mismos diseños metodológicos (Moya, 2016).

Dentro de este orden de ideas, queda de manifiesto la carencia de programas académicos que se hagan cargo de la formación de bibliotecarios escolares. Ramos (2012) precisa «el indispensable apoyo de las instituciones de educación superior para darle a la promoción de la lectura un adecuado espacio de reflexión académica» (pp. 123-124). Chile posee diversos planteles universitarios a lo largo de su territorio, pero ninguno de ellos se ha preocupado de implementar un magíster en promoción de la lectura, mucho menos en bibliotecas escolares. Ni hablar de la carrera de Bibliotecología, la cual está tan invisibilizada, que la población no está enterada de la relevancia que tiene esta ciencia para el desarrollo de un país. Los diagnósticos que se han realizado reconocen que la «tarea no puede ser llevada a cabo sin la participación de las instituciones de educación superior» (Ministerio de Educación y Bibliotecas Escolares CRA, 2014, p. 171); sin embargo, los esfuerzos a nivel de profesionalización del bibliotecario escolar (cursos de capacitación que no están a cargo de la Academia) son todavía infructuosos. En otras palabras, se deberían crear programas de pre y postgrado que contribuyan a edificar la biblioteca escolar del futuro; un espacio liderado por profesionales informados, sociables y apasionados por los libros, ¡verdaderos mediadores de la lectura!

En la perspectiva que aquí se presenta, el rol del bibliotecario escolar es de vital importancia dentro de un establecimiento educacional. Petit (2005) recalca que la mediación de la lectura transforma lo inquietante en amigable, proveyendo «hogares prestados» a quienes lo necesitan. Los estudiantes de enseñanza media, en plena etapa de la adolescencia, se ven enfrentados a problemas y conflictos que muchas veces callan. Es por este motivo que «el papel de la lectura en la escuela no puede ser considerado solamente como una técnica de aprendizaje» (Ballester y Ibarra, 2016, p. 165). Conversar sobre los libros y las situaciones de vida que atraviesan sus personajes puede ser muy beneficioso para la salud mental de los jóvenes. El bibliotecario escolar (y cualquier mediador de la lectura que trabaja con adolescentes) debe ser capaz de recomendar obras profundas y estimulantes, clásicos universales, pero también textos de literatura juvenil. Ramírez Lomelí (2020) afirma que este tipo de literatura habla de temas actuales, de temas que no se pueden encontrar en libros de años atrás; además, hay mucha diversidad y representación de autores y autoras de color, de la comunidad LGBT+, con discapacidad, etc. En concordancia con este panorama, las estanterías escolares tienen que contener una gama amplia de textos, socializándolos constantemente a través de actividades que susciten pensamientos, emociones, potencialidades de acción (Petit, 2005).

Igualmente, es propicio evitar las ideas preconcebidas acerca de los nativos digitales. El sentido común dice que este grupo de individuos se desenvuelve en un mundo virtual, por lo cual la única forma de llegar a ellos es mediante herramientas tecnológicas. Rojo (2016) considera que las políticas públicas implementadas por los últimos gobiernos exacerban el valor de la lectura digital y van en desmedro de la materialidad del libro, un hecho que podría explicar por qué los libros en Chile continúan con un impuesto al valor agregado (IVA) del 19%. Como se comentó anteriormente, no existe un enfrentamiento entre el soporte tradicional y digital para los lectores juveniles, ambos son útiles en el desarrollo de sus lecturas recreativas. No obstante, tocar las páginas de un

libro y marcarlas con huellas gráficas es una experiencia irreemplazable. Los adolescentes disfrutan el contacto físico con los libros, por eso los buscan, coleccionan, organizan y vuelven a ellos de cuando en cuando. Chambers (1997) declara que «los buenos lectores saben que releer es tan importante como leer por primera vez» (p. 3); la juventud no es la excepción a este razonamiento. Las iniciativas que se pongan en marcha entonces tienen que apuntar a la relación permanente de los adolescentes con los libros, al acceso garantizado a soportes que favorezcan una experiencia lectora agradable y al derecho a la adquisición de textos originales a precios sensatos (descuentos, *gift cards*, etc.), como una forma revitalizar el ecosistema del libro.

Por último, se insiste en que falta mucho por hacer en materia de bibliotecas escolares. En líneas generales, es necesario entender que estos espacios son fundamentales para la institución educativa y, por ende, para la sociedad en su conjunto. El quehacer de estos lugares está relacionado no solo con el establecimiento educacional, sino también con otros sitios de importancia para los jóvenes (librerías locales, redes sociales, etc.), con los cuales hay que colaborar e interactuar. La biblioteca escolar no puede ser una isla, tampoco una sala de clases. Al fin y al cabo, llegó el momento para que cada CRA de enseñanza media se transforme en un CRAR (Centro de Recursos para el aprendizaje y la Recreación), reconociendo que el ocio es parte trascendental en la vida de los adolescentes contemporáneos. Es verdad que todavía no se cuenta con una cantidad sustancial de investigaciones que vinculen las bibliotecas escolares con la lectura por placer, pero lo que se sabe permite derribar mitos y aseverar que los jóvenes disfrutan esta práctica; tal como lo confirma una participante de este estudio: «*Los libros son geniales, ¡y quiero leer y leer!*».

RECIBIDO: 26 DE DICIEMBRE DE 2021

ACEPTADO: 21 DE MARZO DE 2022

REFERENCIAS

- AGUIRRE GARCÍA, J. y JARAMILLO ECHEVERRI, L. (2012). Aportes del método fenomenológico a la investigación educativa. *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos*, 8(2), 51-74.
<http://www.redalyc.org/pdf/1341/134129257004.pdf>
- ARGOTE TORINI, P. y MOLINA, M. (2010, julio). *Familia y escuela: su influencia en la formación de lectores para el mañana. Aproximación a la lectura de preadolescentes y adolescentes*. Fundación La Fuente.
<http://www.uchile.cl/portal/extension-y-cultura/vicerrectoria-de-extension-y-comunicaciones/observatorio-del-libro-y-la-lectura/estudios/84981/fomento-del-libro-y-la-lectura>
- BAHLOUL, J. (2002). *Lecturas precarias. Estudio sociológico sobre los «poco lectores»* (1ª ed.). Fondo de Cultura Económica.
- BALLESTER, J. e IBARRA, N. (2016). La educación lectora, literaria y el libro en la era digital. *Revista Chilena de Literatura*, 94, 147-171.
<https://revistaliteratura.uchile.cl/index.php/RCL/article/view/44978>
- BOURDIEU, P. y CHARTIER, R. (2010). La lectura: una práctica cultural. En P. BOURDIEU, *El sentido social del gusto. Elementos para una sociología de la cultura* (1ª ed., pp. 253-273). Siglo Veintiuno Editores.
- BURGOS, M., HEDJERASSI, N., PÉREZ, P., SOLDINI, F. y VITALE, P. (2003). *Des jeunes et des bibliothèques. Trois études sur la fréquentation juvénile* (1ª ed.). Open Edition Books.
<https://doi.org/10.4000/books.bibpompidou.138>
- CHAMBERS, A. (1997). Cómo formar lectores. *Hojas de Lectura*, Colombia, 45, 2-9.
<https://jaumecentelles.files.wordpress.com/2015/09/comoformarlectores1.pdf>
- CHARTIER, R. (2021, marzo 25). *Lectura, ciudadanía y pandemia. Entre libro y pantalla*. (Conferencia). Reflexiones y Desafíos para una Próxima Hoja de Ruta del Libro y Lectura en Chile, Santiago, Región Metropolitana, Chile. <https://www.youtube.com/watch?v=JzA1q5Zkxdoyt=2690s>
- _____. (2018). *Bibliotecas y librerías: entre herencias y futuro* (1ª ed). Cerlac.
<https://cerlac.org/publicaciones/bibliotecas-y-librerias-entre-herencias-y-futuro/>
- _____. (2010). Aprender a leer, leer para aprender. En J. Millán (Coord.), *La lectura en España. Informe 2008. Leer para aprender* (1ª ed., pp. 23-39).

Fundación Germán Sánchez Ruipérez. https://fundaciongsr.com/wp-content/uploads/2016/03/La-lectura_Informe-2008.pdf

COHEN MILLER, A. (2018). Visual arts as a tool for phenomenology. *Forum: Qualitative Social Research*, 19(1), 1-22. <https://doi.org/10.17169/fqs-19.1.2912>

COLOMER, T. (2015). Entrevista a Teresa Colomer sobre educación literaria/entrevistada por Claudio Almeida Mello. *Via Atlântica*, 28, 313-326. <https://doi.org/10.11606/va.v0i28.100870>

_____. (2005). *Andar entre libros: la lectura literaria en la escuela* (1ª ed.). Fondo de Cultura Económica.

DÉTREZ, C. (2004). Una encuesta longitudinal sobre las prácticas de lectura de los adolescentes. En B. LAHIRE (Comp.), *Sociología de la lectura* (1ª ed., pp. 85-105). Gedisa.

GELBER, D. (2017, agosto). *Mis lecturas diarias y la valoración de la lectura en enseñanza media*. MINEDUC. <https://centroestudios.mineduc.cl/wp-content/uploads/sites/100/2017/06/DOC-DE-TRABAJO-N%C2%BA-6-KIT-1.pdf>

GONZÁLEZ PÉREZ, E. y MONTERO SALAS, M. (2021, septiembre 1). *Servicios y recursos de las bibliotecas escolares como apoyo literario en centros de educación preescolar y primaria costarricenses*. (Ponencia). Octavo Informe Estado de la Educación, San José, Costa Rica. https://repositorio.conare.ac.cr/bitstream/handle/20.500.12337/8165/Gonzalez_E_Servicios_recursos_bibliotecas_escolares_literario centros_educacion_2021.pdf?sequence=1&isAllowed=y

HÈBRARD, J. (2000, octubre 27). *El aprendizaje de la lectura en la escuela: discusiones y nuevas perspectivas*. (Conferencia). Ciclo de Conferencias de la Biblioteca Nacional, Buenos Aires, Región Metropolitana, Argentina. <https://www.r020.com.ar/extradocs/lectura.pdf>

LAHIRE, B. (2004). Del consumo cultural a las formas de la experiencia literaria. En B. LAHIRE (Comp.), *Sociología de la lectura* (1ª ed., pp. 179-197). Gedisa.

LLUCH, G. (2017). Los jóvenes y adolescentes comparten la lectura. En F. CRUCES (Dir.), *¿Cómo leemos en la sociedad digital? Lectores, booktubers y prosumidores* (1ª ed., pp. 31-51). Fundación Telefónica y Ariel. <https://www.fundaciontelefonica.com/cultura-digital/publicaciones/601/>

- MARZAL, M., DÍAZ, M. y CALZADA, J. (2012). Un modelo y un método para la transformación de la biblioteca escolar en centro de recursos de enseñanza y aprendizaje. *Transinformação*, 24(3), 165-178. <https://www.scielo.br/j/tinf/a/34YS9bxyDrw6rpSvkjT6pdG/abstract/?lang=es>
- MAUGER, G. (2004). El retroceso de la lectura. Cuatro hipótesis. En B. LAHIRE (Comp.), *Sociología de la lectura* (1ª ed., pp. 139-147). Gedisa.
- MAYOL, A. (2014). *La lectura como práctica social: condiciones de fortalecimiento y debilitamiento de la lectura en Chile*. Observatorio del Libro y la Lectura. Universidad de Chile. <http://www.uchile.cl/portal/extension-y-cultura/vicerrectoria-de-extension-y-comunicaciones/observatorio-del-libro-y-la-lectura/100494/la-lectura-como-practica-social>
- MEKIS y ANWANDTER (2019). *Bibliotecas escolares para el siglo XXI. Desarrollo de comunidades de lectura* (1ª ed.). Narcea Ediciones.
- MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y BIBLIOTECAS ESCOLARES CRA. (2014). *20 Años de Bibliotecas Escolares CRA*. MINEDUC. http://bibliotecas-cra.cl/sites/default/files/cra_2018/libro_20_anios_cra.pdf
- MOYA, C. (2016). Los aportes de la sociología para una agenda de investigación sobre prácticas lectoras en Chile. En C. MOYA y L. FUENTES (Eds.), *Un lugar para los libros. Reflexiones del Encuentro Nacional sobre Cultura Escrita y Prácticas lectoras* (1ª ed., pp. 131-144). LOM Ediciones.
- _____. (2013). *La lectura de libros en Chile. Una práctica cultural dispuesta por el gusto*. (Tesis de Magíster, Universidad de Chile). Repositorio Académico Universidad de Chile. <http://repositorio.uchile.cl/bitstream/handle/2250/130613/Tesis%20Mag%C3%ADster%20Crist%C3%B3bal%20Moya.pdf?sequence=1>
- PÉREZ, G. (2015). *El rol de las bibliotecas escolares CRA en el sistema educativo chileno: descripción, desafíos y recomendaciones para su mayor efectividad en el incremento de oportunidades educativas*. (Tesis de Magíster, Universidad de Chile). Repositorio Académico Universidad de Chile. <http://repositorio.uchile.cl/bitstream/handle/2250/138724/El%20rol%20de%20las%20bibliotecas%20escolares%20CRA%20en%20el%20sistema%20educativo%20chileno%20%20descripci%C3%B3n%20desaf%C3%ADos%20y%20recomendacion.pdf?sequence=1>

- PETIT, M. (2016). *Leer el mundo. Experiencias actuales de transmisión cultural* (1ª ed.). Fondo de Cultura Económica.
- _____. (2011, noviembre 10-12). *Leer y hacer uso de una biblioteca escolar: ¿y eso, para qué sirve?* (Conferencia). Congreso Bibliotecas Escolares en Tránsito, Santiago de Compostela, Galicia, España. https://leer.es/documents/235507/353837/Michele_Petit.pdf/243b4211-5311-4c74-8476-f381815a5a4f
- _____. (2009). *El arte de la lectura en tiempos de crisis* (1ª ed.). Océano S.L.
- _____. (2005). *Leer y liar, lectura y familia* (1ª ed.). CONACULTA.
- _____. (2001). *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público* (1ª ed.). Fondo de Cultura Económica.
- _____. (1999). *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura* (1ª ed.). Fondo de Cultura Económica.
- PETRUCCI, A. (2001). Leer por leer: un porvenir para la lectura. En G. CAVALLO y R. CHARTIER (Eds.), *Historia de la lectura en el mundo occidental* (1ª ed., pp. 591-625). Taurus.
- POULAIN, M. (2011). Una mirada a la sociología de la lectura: Martine Poulain. *Perfiles Educativos*, 33(132), 195-204. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-26982011000200012
- POULAIN, M. (2004). Entre preocupaciones sociales e investigación científica: el desarrollo de sociologías de la lectura en Francia en el siglo XX. En B. LAHIRE (Comp.), *Sociología de la lectura* (1ª ed., pp. 17-57). Gedisa.
- RAMÍREZ LOMELÍ, C. (2020, abril 09). *La literatura juvenil es basura*. (Conferencia). TEDxCiudadVictoria, Ciudad Victoria, Tamaulipas, México. <https://www.youtube.com/watch?v=aoSLQ2vVZkgyt=18s>
- RAMOS, E. (2012). Bibliotecas públicas en Chile: antecedentes, buenas prácticas y proyecciones. *Serie Bibliotecología y Gestión de la Información*, 73, 1-128. <http://eprints.rclis.org/17047/1/Serie%20N%C2%B073%20%20Bibliotecas%20P%C3%BAblicas.pdf>
- ROJO, G. (2016). Lectura de libros, lectura de imágenes y práctica política en Chile. En C. MOYA y L. FUENTES (Eds.), *Un lugar para los libros. Reflexiones del Encuentro Nacional sobre Cultura Escrita y Prácticas lectoras* (1ª ed., pp. 15-30). LOM Ediciones.

- ROVETTA CORTÉS, A. (2016). Elucidación gráfica en investigación cualitativa con menores de edad. *Investigação Qualitativa em Ciências Sociais*, 3, 316-325.
<https://proceedings.ciaiq.org/index.php/ciaiq2016/article/view/955>
- SALGADO LÉVANO, A. (2007). Investigación cualitativa: diseños, evaluación del rigor metodológico y retos. *Liberabit*, 13, 71-78.
http://www.scielo.org.pe/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1729-48272007000100009
- SEIDMANN, S., DI LORIO, J., AZZOLLINI, S. Y RIGUEIRAL, G. (2014). El uso de técnicas gráficas en investigaciones sobre representaciones sociales. *Anuario de Investigaciones*, 21, 117-185.
<https://www.redalyc.org/pdf/3691/369139994017.pdf>